

■ análisis de coyuntura

El “proceso de cambio” en la encrucijada



FUNDACIÓN
VICENTE
PAZOS
KANKI
KANKI
PAZOS
VICENTE

El “proceso de cambio” en la encrucijada

ANÁLISIS DE COYUNTURA

El “proceso de cambio” en la encrucijada

©Fundación Pazos Kanki

Diseño: Percy Mendoza

Imprenta: Impresión Digital

Editores: Ediciones Pazos Kanki

Impreso en Bolivia

2010

Presentación

EL “RELANZAMIENTO” DE EVO MORALES Y LO QUE IMPLICA

El 26 de enero de 2012, la justicia boliviana condenó a 12 años de prisión a Santos Ramírez, ex dirigente del partido de Gobierno (MAS), por actos de corrupción en la industria petrolera. Fue una buena noticia para el presidente Evo Morales. Éste podría decir, sin mentir, que es la primera vez en que un miembro de la “crema” de la política nacional recibe una sanción de este calibre de sus propios connilitones.

Es cierto que los actos de Ramírez en 2009 no dejaban lugar a la duda: quien en ese momento se consideraba el “segundo hombre” del MAS y era desde tiempo antes el responsable de la empresa petrolera estatal, firmó un contrato absurdo con una empresa dudosa para la construcción de un planta gasífera y, acto

seguido, comenzó a desembolsar fuertes sumas a favor de ésta.

Ni siquiera hubo tiempo de que este proyecto llegara a su previsible fin, es decir, el fracaso. Nada más empezar a recibir los sobornos de la empresa que acababa de favorecer, Ramírez quedó descubierto por culpa de un hecho fortuito.

El “empresario” que llevaba el soborno a la casa de un cuñado de Ramírez fue asaltado y asesinado frente a la puerta de ésta. Lo mató un sicario que había sido contratado por alguien enterado de la intriga de corrupción, con el evidente propósito de robar el dinero; sabía, claro está, que sus víctimas no lo acusarían a la policía. Pero el asunto se salió de control, el contratista se resistió y entonces el sicario disparó sobre él. Como es lógico, el alboroto consecuente llevó a la policía a hacerse las preguntas que conducirían a la “caída” del amigo y viejo colaborador del Presidente. Meritoria e inteligentemente, éste no lo defendió.

Hoy Morales puede cosechar los frutos de esta decisión. La resolución del “caso Ramírez” contribuye al esfuerzo en que está empeñado, que es el relanzamiento de su Gobierno, el cual fue muy golpeado durante 2011 por el rebrote de los conflictos sociales, graves errores de administración ideológica y política, divisiones internas y la pérdida de dirigentes

valiosos, los cuales pasaron a engrosar las filas de la disidencia.

Otra parte de este esfuerzo fue la reconstitución del Gobierno mediante la inclusión de ministros más fogueados, entre ellos Juan Ramón Quintana, conocido por su virulencia en la defensa del Presidente y el enfrentamiento contra la oposición, en especial la que surge –ahora débilmente– de Santa Cruz, el único departamento que las élites anti-evistas siguen gobernando. Este cambio puede valorarse de muchas maneras. Lo evidente es que el Gabinete actual es más coherente que el anterior.

Pese a ello, Quintana es una espada de dos filos: al mismo tiempo que aporta su capacidad personal y su aura de “guerrero del evismo”, admiradas por el oficialismo, marca al Gabinete con un estigma de rigidez y agresividad que, merecido o no, lo debilita para resolver el principal problema que hoy tiene el Gobierno (y también el país), esto es, la creciente contestación y conflictividad social, que se debe a la ambición de los distintos sectores de apropiarse de una cuota mayor de la riqueza generada por el gas.

Un conflicto que resume la lógica de todos los demás es el que enfrenta a los departamentos de Tarija y Chuquisaca, los cuales se disputan si uno de los principales yacimientos de gas del país (el que se explota a través del pozo “Mar-

garita”, operado por Repsol), sólo se encuentra dentro del territorio del primero de ellos, como hasta ahora se creía, o en cambio atraviesa subterráneamente la frontera y entonces es un yacimiento compartido con Chuquisaca. Definir esta alternativa no es una broma. En un caso u otro las partes ganan y pierden miles de millones de bolivianos, porque la ley establece que la cantidad de ingresos de los departamentos “productores” es mayor que la de aquellos que no lo son.

Hoy en día, cartografiar un yacimiento no es cosa del otro mundo. El Gobierno contrató a una empresa norteamericana para que lo haga, pero los tarijeños no quieren abandonar sus ambiciones en manos de la ciencia, así que organizaron una fortísima huelga y lograron que se los autorizara a contratar su propia empresa cartográfica. Al final, claro está, habrá dos mapas y, posiblemente, contradictorios entre sí. Y el conflicto volverá. Nadie va a perder sobre la mesa lo que puede defender en las calles y los caminos. Además, Chuquisaca se molestó por el acuerdo entre el Gobierno y Tarija, así que nos encaminamos a tener tres posiciones divergentes.

El mismo sentido (la apropiación grupal de los recursos naturales) tiene la lucha de grupos de campesinos vinculados al gobierno por volver a poner en marcha la construcción de una carretera a través de un parque nacional,

el Isiboro Sécure, la cual fue detenida gracias a la protesta de los indígenas que viven en este parque. El Gobierno apoyó y sigue apoyando a los campesinos en contra de los indígenas, y es muy probable que retome la obra que quedó suspendida el año pasado, pese al alto costo que esto ya tuvo y aún puede tener para su credibilidad política. Un político que se define como indígena y protector de la Madre Tierra y que, sin embargo, hace todo lo posible para imponer una carretera contaminante a quienes él mismo dice representar, obviamente pierde mucho con ello.

El Gobierno quiere asentar el relanzamiento del que estamos hablando en la pronta aprobación de leyes que le fueron solicitadas por los representantes de las organizaciones sociales; con ellas terminará de adecuar la economía y la sociedad al modelo de desarrollo estatista, redistribuidor y contrario a la gran propiedad que propugna. Pero las expectativas creadas por el auge económico (que se debe a los altos precios de las materias primas) no se apaciguarán con leyes. Más bien, el hincapié que ellas pongan en reducir las ganancias empresariales e incrementar la presencia del Estado en la economía puede crear otro frente de conflicto. Y, ciertamente, tornará al país todavía más dependiente de las actividades extractivas.

En medio de la oleada de conflictos sociales que se avecina, ¿mantendrá Morales cierta coherencia ideológica o abandonará el discurso redistribuidor que siempre tuvo (y que contribuyó a inflar las expectativas colectivas de reparto de las rentas)? El año pasado, la ideología sobre la que el Gobierno se apoyaba entró en crisis al chocar contra la realidad. Urgido de ampliar la industria petrolera y de realizar grandes obras de ingeniería, como la carretera ya señalada, el oficialismo cambió significativamente el discurso indianista, ecologista y anti-trasnacionales que usó en su ascenso al poder. Como resultado de esto, sus adherentes más sofisticados sufrieron una grave decepción y pasaron a engrosar la oposición de izquierda al Gobierno, en la que ya se estaba desde hace un par de años el partido del ex alcalde de La Paz, Juan del Granado, antiguo aliado de Morales.

Sin ajustes importantes en el discurso y teniendo que lidiar con fuertes y constantes conflictos sociales, los datos indican que Morales seguirá un camino “cuesta arriba”. Su popularidad en las ciudades ha caído hasta cifras “normales”, del 30%, la mitad de las que tenía dos años antes. Y lo amenaza el mismo riesgo que fue definitivo para sus antecesores: la ambición del reparto (la típica mentalidad de la

población en los países explotadores de recursos naturales no renovables).

Su partido y él mismo, que fueron y siguen siendo los grandes representantes de esta ambición, tienen más condiciones de surfear sobre los tumultos que ésta causa. Por eso el MAS sigue siendo el único partido que puede gobernar el país con ciertas posibilidades de éxito. Pero la crisis mundial, la necesidad de racionalizar el gasto, y la posibilidad siempre presente de que el control de los movimientos derive en actos de represión que causen graves problemas políticos (como ocurrió nada más comenzar el año en el pueblo de Yapacaní, donde murieron tres manifestantes), impide saber si esto se mantendrá así, y por cuánto tiempo.

La pregunta que surge de lo expuesto es si esta situación, inédita desde que el MAS se convirtió en el partido hegemónico del país, en 2008, dará lugar a un reforzamiento de la oposición, y si ésta será capaz de: a) bloquear el relanzamiento masista y b) adquirir un espacio suficiente como para disputar seriamente la iniciativa política al MAS.

Este documento pretende tanto hacer un análisis de las nuevas condiciones del proceso boliviano, como de la situación de la oposición. Aunque los autores –y la Fundación Pazos Kanki, que auspicia esta publicación– tengan como

principal deseo que su trabajo ilumine los “procesos de fondo” que explican la situación del país, también comprenden la importancia que en ocasiones posee el análisis de la coyuntura, en la medida en que ofrece materiales y, con suerte, también pautas necesarias para el debate que deben realizar los actores políticos.

Con este propósito es que planeamos producir una serie periódica de publicaciones, que se llamará, justamente, “Análisis de coyuntura”, y que comienza con el texto que el lector tiene en las manos.

La Paz, febrero de 2012

2011

FALLA EL “ESTADO INTEGRAL”

Fernando Molina

La crisis del discurso masista

El discurso del MAS y Evo Morales se estructuró como un rechazo a la agenda liberal aplicada en los años 90 y generó una “contra-agenda” que repetía, invertido, cada uno de los movimientos dados por el país en ese entonces: frente a la liberalización, nacionalización; frente a la reforma de pensiones, contra-reforma de pensiones; frente a la reforma educativa, Ley Avelino Siñani, etc.

Este discurso reactivo ha sido al mismo tiempo, como es lógico, de tipo maniqueo: consideró todo lo que se hizo antes inservible y peligroso, mientras que calificó todo lo que se haría virtualmente como una panacea. En este tiempo, Mo-

rales no se cansó de oponer el “nosotros” de los indígenas nacionalistas y el “ellos” de los “kharas” trasnacionales. De un lado el neoliberalismo y del otro el Estado. El primero era el sùmmum de todas las traiciones y desdichas; el segundo, el epítome de todas las maravillas.

Este discurso funcionó muy bien durante casi una década. Apuntaló la popularidad del Morales en un momento de hastío popular por el desgobierno de los partidos neoliberales y en el que había una gran demanda de cambio radical. Propició un fuerte empoderamiento popular, que se cristalizó en una reforma simbólica del campo político, sus reglas, sus regímenes de investidura y comportamiento, y también una reforma de otros territorios de la vida social. Alimentó y a su vez reflejó el movimiento de retorno de la población, luego del excurso noventero, hacia el terreno ideológico en el que ésta se siente más cómoda y donde prefiere estar: el espacio de lo “nacional-popular”, es decir, del estatismo redistribuidor; allí donde el culto al caudillo desplaza a las instituciones y la ilusión por el cambio sustituye el escepticismo liberal respecto del poder.

Fue un discurso potente, muy útil para Morales, pero en 2011 sufrió una crisis interna. Ésta todavía fue moderada, pero probablemente se profundizará en el futuro. ¿Qué pasó? Una vez

que el Gobierno cumplió su “contra-agenda antiliberal”, se vio en una situación en la que debía inventar el camino por el que continuaría. Y no supo cómo hacerlo, éste fue el primer problema. ¿Seguir tras el espejismo del socialismo o de la reconstrucción comunidad ancestral, o quedarse varado en el capitalismo, pero sin fomentarlo, y por tanto sembrando problemas a mediano y largo plazo? Como expresa la frase “Contra el gonismo estábamos mejor”, es más fácil derribar una organización social existente, que construir otra distinta.

Además, la panacea por la que se había apostado no funcionó como se esperaba. Después de seis años de exaltación y supuesto fortalecimiento, el Estado boliviano sigue metiendo más lástima que miedo: desatiende o es incapaz de resolver los problemas de la industria de la cual vive, la petrolera; no logra extenderse en la minería; fracasa en la siderurgia, el litio, etc. Las nuevas empresas estatales, como Papelbol o EBO, más son curiosidades para un museo del escarnio liberal que compañías con alguna utilidad.

Para terminar de complicar el problema, han aparecido desafíos que son demasiado delicados y extendidos como para resolverlos con los rituales de expiación del pasado, pensados y ejecutados para echarle la culpa de todo al neoliberalismo. Con estos nuevos puntos en

la agenda pública, el estatismo no sólo no es una solución, sino que complica las cosas. Por ejemplo, si falta petróleo suficiente para producir carburantes, lo que encarece y hace insostenible la actual subvención de éstos, el estatismo, que antes llevó al Gobierno a asfixiar las inversiones en el sector, ahora no puede reemplazarlas. O si se presentan síntomas de “enfermedad holandesa” (es decir, inflación y carestía de algunos productos cuya producción e importación se tornan insuficientes por el crecimiento de la demanda interna, gracias a los ingresos extraordinarios que produce la exportación de materias primas), el estatismo impide adoptar medidas de mercado que alivien la situación. O si se agudiza la monoproducción de materias básicas porque los sectores exportadores no tradicionales, como los soyeros o los joyeros, están peor que en los años 90 (pese al boom de los precios), el estatismo impide el relanzamiento de éstos, pues no está interesado en fomentar las escasas alternativas productivas no extractivistas que aparecieron en el país en el pasado (y que no son estatales).

Otros elementos de la ideología masista también se han mostrado perjudiciales para el desarrollo económico y la solución de conflictos: El odio a la gran empresa, por ejemplo, o la confusión entre política y economía, o la suposición

de que cualquier acuerdo con fuerzas sociales extrapartidarias constituye una derrota o, peor, una traición.

Este contraste entre las necesidades planteadas por la realidad y las creencias tradicionales generó una *crisis ideológica* en el MAS. La primera expresión sería de esta crisis fue la aprobación, el 25 de diciembre de 2010, de un decreto que liberalizaba los precios internos de los carburantes, a fin de igualarlos a los internacionales, y que aumentaba la retribución a las empresas petroleras por cada barril de crudo que produjeran y vendieran a YPF. Esta medida exigió a los representantes del MAS, inclusive al presidente Morales, usar un conjunto de argumentos contrarios a su discurso normal. Algunos de éstos fueron:

- a. Hay subvenciones estatales que son un “cáncer” de la economía.
- b. Los precios internos tienen que parecerse a los externos (teoría del “precio único”, que es típicamente neoliberal).
- c. La liberalización de los precios de los carburantes constituye una medida nacionalista; en cambio, el congelamiento con subvenciones que establecieron los gobiernos de los años 90 es contraria al interés nacional. (Ergo, un gobierno consecuentemente nacionalista tendría que liberalizar todos los precios).

- d. Las empresas petroleras no pueden actuar a pérdida. Hay que redistribuir justamente sus esfuerzos e inversiones, y esto tiene que hacerlo el Estado nacionalista y la población que comienza a pagar con precios mayores el lucro extranjero. (Pero, en ese caso, ¿para qué se hizo la nacionalización? Al final, todo sigue dependiendo del interés lucrativo de las transnacionales).

El 31 de diciembre de 2010, seis días después del decreto del “gasolinazo”, el Gobierno lo retiró, pero no retiró la argumentación anterior, que siguió socavando su discurso original.

Por otra parte, las medidas que tomó el Gobierno en febrero del 2011 para normalizar el abastecimiento de azúcar también fueron contrarias a su discurso y generaron contradicciones con las declaraciones de los líderes del MAS, sobre todo del propio Morales.

- a. El Gobierno suspendió el control del precio del azúcar y niveló éste con el internacional (teoría neoliberal del “precio único”).
- b. Intentó realizar acuerdos con los sectores de productores para animarlos a invertir más, pese a que el Presidente los consideraba “saboteadores”.
- c. Dijo que había que reorientar la labor de EMAPA, la empresa pública que, al interve-

nir en los precios, distorsionó la distribución de alimentos y tuvo que enfrentar la protesta de los comerciantes al menudeo.

Al mismo tiempo, se siguió manifestando el discurso estatista básico del Gobierno. El resultado fue y es todavía la circulación de una serie de mensajes contradictorios para la economía y la población. Ya hemos visto que Morales siguió llamando “saboteadores” a los empresarios con los que acababa de negociar. Simultáneamente, la Ministra de Desarrollo, Teresa Morales, aseguró que el precio del azúcar, liberalizado por ella misma, volvería a controlarse en el futuro. Y al mismo tiempo el parlamentario masista Elío señaló que, frente a la volatilidad de los precios del transporte, había que crear una empresa pública de transporte, lo que rápidamente fue negado por el Presidente.

En una palabra: crisis; imposibilidad de estabilizar el discurso en torno a las polaridades y los ejes que le sirvieron en el pasado como armazón del mismo, sobre todo del clivaje neoliberalismo perverso versus estatismo milagroso. Por esta razón, en 2011 y en adelante, el discurso oficial deviene volátil, como la situación política misma.

El punto de quiebre: El “Estado integral” fracasa en el “gasolinazo”

Las primeras décadas del siglo XXI se han revelado, igual que las del siglo XX, como una época de revoluciones. Así lo confirma en estos días la llamada “primavera árabe”, que ya acabó con los regímenes dictatoriales de Túnez, Egipto y Libia, y tiene en jaque al Gobierno de Siria.

Una de las primeras revoluciones de esta oleada fue la boliviana. Los bolivianos seguimos viviendo las consecuencias de las insurrecciones de 2003 y 2005, que abrieron una situación revolucionaria que se arrastra durante estos años hasta ahora.

¿Cómo interpretar teóricamente estos sucesos sin volver la vista hacia el hecho histórico que constituye su primer paradigma, la Revolución Francesa, y sin revisar las reflexiones de quienes han atribuido a las revoluciones la dignidad de “parteras de la historia”, es decir, Hegel y Marx?

Ambos filósofos admiraron la Revolución Francesa, pero también les hicieron críticas que pueden ser útiles para caracterizar el proceso boliviano.

En la “Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel”, Marx señala que la francesa fue una revolución *parcial*, pues al igualar políticamente a los hombres en la figura del “ciudadano”,

sólo emancipó a la parte de la sociedad que no estaba alienada económicamente, es decir, a la burguesía, y no a los demás sectores, los cuales carecían de las mismas condiciones de holgura material. Fue por tanto, limitadamente, una revolución “política”. (Como veremos, la boliviana también fue una revolución política, es decir, parcial).

Para Marx, el resultado de la Revolución Francesa es un Estado que en su constitución expresa la preeminencia de esta parcialidad social, es decir, un “Estado burgués”, hecho a la medida de la clase dominante.

Marx puede hacer esta caracterización porque contrapone la revolución parcial, política, de Francia, con su propia idea de revolución. Y lo que él plantea es una revolución integral, que emancipe a toda la sociedad, que no sólo afecte el ámbito de la representación política, sino la propia existencia social. Marx llama a este proyecto “revolución social”.

Tanto en ese momento juvenil de su producción intelectual, como después, dirá que el resultado de una revolución social no será otro Estado de clase, como había ocurrido en la experiencia francesa, sino la desaparición del Estado como tal. La sociedad, emancipada de la alienación, se organizaría armónica y espontáneamente.

Esta previsión fue uno de los peores errores teóricos de Marx. En realidad, en las revoluciones que sucedieron a la francesa y se postularon como revoluciones sociales (o “socialistas”) no se destruyó el Estado, como se esperaba, sino que éste, reorientándose, se fortaleció hasta el punto de avasallar a la sociedad.

Las revoluciones que, después de la Revolución Francesa, y por inspiración marxista, no quisieron ser limitadamente *políticas*, terminaron siendo, por esto, más hegelianas que marxistas.

Marx quería disolver al Estado en la sociedad porque se oponía directamente a Hegel, quien creía que el Estado era el único capaz de darle un fin justo a la sociedad. Hegel admiraba la Revolución Francesa porque en ella el Estado se había propuesto absorber a la sociedad existente y crear una nueva sociedad a su imagen y semejanza, es decir, una sociedad a imagen y semejanza de la razón estatal.

Marx se lamenta de que en la revolución política, el Estado termine siendo a imagen y semejanza de una sociedad civil imperfecta e inequitativa. Hegel, en cambio, apoya que el Estado trate de modelar la sociedad civil a su imagen y semejanza. Marx se lamenta de que la revolución sea limitadamente *política*; Hegel cree que *todo* se concentra en la revolución política.

Como consecuencia, la crítica de Hegel al Estado revolucionario francés se debe a su incapacidad para imponerse sobre la sociedad civil y por no haberla absorbido. En su opinión, ésta sería la causa de la inestabilidad permanente de la revolución. Francia se tornaría inestable por haber dado a luz un Estado representativo, controlado por la sociedad, en lugar de un Estado integral, capaz de controlar a la sociedad.

En Bolivia se ha producido una revolución política porque la transformación del Estado (o lo que Bourdieu llama el “campo político”) se ha efectuado por fuerzas intempestivas, externas al Estado (o campo político) anterior. Porque ha dado lugar a un recambio radical y no negociado de élites. Porque ha impuesto nuevos procedimientos de representación y participación, nuevas formas de expresión de los intereses sociales, un nuevo imaginario, un nuevo vocabulario, nuevos requisitos de “investidura” o ingreso a la arena pública, etc.

Pero fue una revolución parcial, que sólo emancipó a una parte de la sociedad (que podemos caracterizar rápidamente como “indígena”), y exclusivamente en el plano político, ya que no alteró las condiciones de existencia material de la sociedad, esto es, no afectó a la sociedad civil.

La nueva razón estatal, representada por el MAS, no se propuso pasar de la revolución polí-

tica que la había generado, a la revolución *social*. Por eso su único objetivo fue la transformación del Estado; de ahí la importancia concedida a la Constitución, la creación de instituciones y leyes, etc.; el Estado se convirtió en el centro de gravedad de la preocupación y ocupación social; y el MAS ocupó el centro del Estado. Así se supuso que bastaba des-alienar y liberar al Estado para des-alienar y liberar a la sociedad.

2009-2010 es el momento de máxima saturación de los cambios y de mayor inercia acumulada por la razón estatal. Este es el momento hegeliano de la revolución, como se ve en el discurso que comienza a emitir el Vicepresidente. Entonces faltaba saber qué pasaría en caso de que los intereses de ese Estado que se emancipaba chocaran con los intereses de la sociedad. ¿Seguirían los gobernantes, entonces, consecuentemente, la línea hegeliana, es decir, harían que el Estado engullera a la sociedad? Esa pregunta se respondió en 2011.

La crítica de Marx a la Revolución Francesa tenía razón en que, en realidad, la emancipación del Estado no implica la emancipación de la sociedad. Los problemas de la sociedad no se reducen a la política, como creía Hegel. No en vano éste era idealista, mientras que Marx era materialista.

Para Marx, todo intento de transformación que se basara en una nueva moralidad y una

nueva forma representación, pero no apuntase a cambiar las condiciones materiales de existencia, era idealista, es decir, utópico. De ahí su oposición al “socialismo utópico”.

En este momento, la revolución política boliviana se ha topado contra la realidad de los problemas e insuficiencias de la sociedad. El ciclo de las medidas políticas se ha agotado. Ahora la sociedad exige su emancipación, y ésta está tan lejos como siempre. De ahí las dificultades que comienza a sufrir el Estado para enseñorearse sobre la sociedad. De ahí el resultado, previsto por Hegel, de la inestabilidad estatal.

La razón estatal exigía poner al Estado en orden y fortalecerlo. De ahí surge, entre otras cosas, la idea del gasolinazo. En ese momento, el Estado choca con la sociedad y ambos “se miran a los ojos”; pero el Estado recula. Pese a sus deseos personales, los dirigentes prefieren no seguir la línea hegeliana. Así el Estado, al no poder imponerse sobre la sociedad, no puede perfilarse como un Estado integral, sino que conserva su rasgo liberal, esto es, dependiente de la sociedad civil y, por eso, según Hegel, inestable, bajo el control de ésta.

Aunque algunos de los cambios últimos del Estado reproduzcan formas anteriores en la historia boliviana, eso no significa que no haya habido revolución política. Aunque la revolución

haya terminado, esto no nos autoriza a negar que ocurriera, como algunos quieren hacer. Hay que partir de la revolución política, ya sea considerarla insuficiente y aspirar a una revolución social, como hace ahora la izquierda del MAS, o para tratar de evitar que vuelva a pasar.

La tensión entre indianismo y desarrollismo

La formación del MAS se produjo desde fines de los años 80 y durante toda la década siguiente. Fue paralela, entonces, al proceso mundial de desarticulación del socialismo real, desprestigio del marxismo (y de los otros “grandes relatos”, como el psicoanálisis), y de irrupción de una mentalidad que se ha dado en denominar posmoderna, basada en una concepción relativista de la verdad, la cultura y los valores. Por estas razones, el MAS no fue otro de los partidos marxistas de nuestra historia, sino que fue influido por la metamorfosis de esta corriente en un ideología más difusa, que rechaza la posibilidad de que el capitalismo sea la única modalidad de organización social, apoya todas las luchas contrarias al orden neoliberal que prevalecía en los años 90 en el mundo (y que sigue siendo muy fuerte en la mayoría de los

países occidentales), y sueña con una sociedad que le dé más oportunidades a los pobres, se apoye en la solidaridad antes que en la competencia, y admita en condiciones de igualdad a las diversas identidades sociales, culturales y sexuales. Esta sociedad no está nítidamente prefigurada y a veces se la piensa con el aparato conceptual del marxismo y de las corrientes socialistas previas y paralelas a Marx, aunque con alteraciones importantes. Se podría decir que se trata de un socialismo *axiológico* antes que “científico”, variable y adaptable a cada realidad local, deseable para la mayoría de las clases sociales (“multitudinario”), orientado hacia los más pobres (“plebeyo”), multicultural y pluri-identitario. No está claro cómo esta idea abstracta se puede traducir en instituciones, medias de gobierno, formas de relacionamiento con la sociedad civil y modelos económicos precisos.

De cualquier manera estas teorizaciones sirvieron para darle frescura y novedad a una práctica política que en el fondo seguía siendo guiada por la creencia más profunda y repetitiva de la cultura política del país, esto es, el “desarrollismo progresista” (logrado por medio del uso industrializador de los recursos naturales por parte del Estado), cuya primera encarnación histórica fue el nacionalismo revolucionario de los 50 y 60.

Como ya hemos dicho, el MAS se perfiló desde su origen, y luego ganó la adhesión nacional, con una posición radicalmente anti-neoliberal, de rechazo a las élites y a la gran propiedad, y de exaltación del Estado como sujeto de la transformación de Bolivia en una sociedad comunitaria y participativa, de iguales. El Estado debía encargarse de la explotación de los recursos naturales (nacionalizando a las empresas extranjeras que los explotaron hasta 2006) y usar los excedentes para redistribuir la riqueza e iniciar un proceso de industrialización y desarrollo general del país. Así el Estado se convertiría, progresivamente, en el actor central de la economía nacional.

Pero este planteamiento, viejo desde mucho antes, se remozó con la imaginación/invencción del actor estatal que estaba revalorando. Si el nacionalismo revolucionario lo concebía como un factor dinámico de homogeneización de la sociedad, una suerte de demiurgo reconstructor del nuevo boliviano de acuerdo al paradigma europeo del sujeto nacional (un sujeto racial, social, cultural y políticamente unificado por la misma mezcla de sangres, la misma lengua, la misma tradición, el mismo conjunto de leyes iguales para todos), el MAS planteó un Estado que fuera un *reflejo* armonizador y unificador de las diversidad realmente existente en el país. No un Es-

tado nacional, sino “plurinacional”. Un receptor antes que un dador de identidad al conjunto poblacional. Un Estado reagrupador, y por tanto tolerante con las peculiaridades de las partes, antes que modelador de un todo indiferenciable.

De esta manera, el MAS se inscribió en su tiempo y en una determinada etapa de evolución de la ideología izquierdista. Registró que los “grandes relatos” occidentales (entre ellos el del Estado puramente nacional) habían caído, pero mantuvo el “gran relato” propiamente boliviano: la ilusión de salir de la pobreza mediante la extracción de recursos naturales y la creación burocracias nacionalistas que la controlen y dirijan en un sentido positivo.

A la combinación ideológica que hasta aquí hemos descrito algunos la han llamado “nacionalismo indígena”, otros “etnonacionalismo” y algunos, finalmente, “pluri-nacionalismo”. Sin embargo, no se trata de una mezcla del todo compatible, que “funcione bien”, sin generar perturbaciones internas que la hagan inestable e incluso, en ciertas condiciones, autodestructiva. Y esto se debe a que los indígenas, antes de ser adoptados como sujetos del proyecto “desarrollista-progresista”, ya habían establecido (y en parte habían sido inculcados de) un pensamiento de características diferentes, que se estableció en lucha contra el marxismo y, en general, contra la izquierda oc-

cidental. Para este pensamiento, la contradicción principal del país se da entre un grupo de colonizadores (“qharas”), que pueden ser progresistas o conservadores, y que operan como una “fuerza colonial” que impone una visión de las cosas, una jerarquía socio-cultural y unos valores extraños a la población indígena, la que así se convierte en “colonizada”. La tarea principal, por tanto, no consiste en desarrollar el país, sino en “descolonizarlo”; y hacerlo consecuentemente implicaría superar el propio desarrollismo, el cual responde a los paradigmas de competencia, dominio de la naturaleza y mitificación del progreso que son típicos del Occidente.

Por esta razón, el intento inicial de armonizar los objetivos desarrollistas de un Estado ultra potente con la visión no historicista, relativista, del indianismo (visión que, por cierto, rara vez encuentra un punto de apoyo en la mentalidad real de los indígenas), resultó muy difícil de sostener. De hecho implica contradicción: el triunfo pleno del Estado desarrollista significaría necesariamente la extensión a todo el país de ciertas relaciones económicas y sociales (“industrialización” significa proletarianización, producción masiva, consumismo, etc.) que no forman parte del bagaje indígena; traería necesariamente cierta uniformización de la economía y la población.

En la práctica, como prueba la experiencia de los últimos años, y sobre todo la lucha de fines de 2011 en torno a la carretera a través del parque Isiboro Sécore, el indianismo choca contra el fondo desarrollista de la mentalidad boliviana. En el mencionado conflicto esta tendencia fue encarnada por el presidente Evo Morales, tanto por convicción propia como por favorecer el interés material de sus bases cocaleras, que gracias a esta carretera podrían extender sus posesiones hacia el este.

Es paradójico que así fuera, y todo este conflicto lo fue. Recordemos que la fijación por el progreso (que, dicho sea de paso, prueba la inserción de Bolivia en Occidente) implicó a lo largo de la historia, con mayor o menor disimulo, un intento de superar el estadio social que el indio siempre simbolizó: la civilización agraria y atrasada que odiaron por igual los oligarcas que gobernaron hasta la primera mitad del XX, los líderes de la Revolución Nacional y los militantes clandestinos de la izquierda socialista que primó en los años 70.

La mezcolanza ideológica puede ser útil cuando se está en la oposición y se trata de unir fuerzas en contra de un mismo adversario, pero se convierte en contraproducente a la hora de gobernar, como pasó ya varias veces con los reclamos ecologistas (no producir petróleo en la

Amazonía, no atravesar el parque Isiboro Sécure con una carretera) de los indígenas de tierras bajas, frente a los cuales el Gobierno afirmó con toda claridad sus prioridades, la primera de las cuales es, según dijo un ex ministro de la Presidencia, Oscar Coca, “perforar” y extraer recursos naturales. Y la segunda, según señaló el propio Presidente, es “construir la carretera, quieran o no quieran”. Esta contradicción explica la parte más importante de la crisis discursiva del MAS.

La amenaza futura: los conflictos sociales

En un esfuerzo por superar la crisis del discurso que acabamos de analizar, el principal teórico del MAS, Álvaro García Linera publicó un libro titulado *Las tensiones creativas de la revolución*. En éste se señala que la escalada de conflictos sociales de 2011, que arranca con la oposición social al gasolinazo y encuentra su ápice en la oposición a la carretera por el parque Isiboro Sécure, se debe al choque entre los “intereses comunes”, expresados por los programas estatales, que se supone alineados con los objetivos históricos de las clases populares y del país, versus los intereses egoístas de cada corporación sectorial: sindicatos, asociaciones indígenas, comités cívicos populares, etc.

García Linera señala que esta tensión es resultado del olvido, por parte del movimiento revolucionario, de las aspiraciones generales que le dieron origen, es decir, del sueño de una nueva sociedad, el cual deja de preocupar en la medida en que está cumpliéndose en la gestión gubernamental.

Este olvido implicaría simultáneamente dos cosas: Un debilitamiento de la contradicción, ésta sí fundamental, entre el pueblo y las élites conservadoras. Y la aparición en las fuerzas revolucionarias de una pulsión por la gratificación inmediata, que las lleva a desoír las razones gubernamentales y a obstinarse en la conquista de ventajas materiales de corto alcance.

Pero García Linera se equivoca al atribuir las luchas sociales en contra del Gobierno solamente a causas inmediatas y auto-referenciadas, como el propio éxito del “proceso de cambio”. En realidad, la explicación de éstos y los demás conflictos se remonta profundamente en la historia del país, y es tanto económica como social, política al mismo tiempo que cultural.

El telón de fondo de la conflictividad boliviana es la extendida pobreza de la población, que contrasta con la riqueza del Estado, poseedor de recursos naturales. Esto impulsa a todos los que tienen capacidad de organizarse a tratar de acceder a una porción (a obtener su propia “cuota”)

de las rentas extractivas por medio de un conflicto con el Estado. Esta ansiedad rentista puede disfrazarse de muchas maneras, mostrarse como un acto de apoyo al Gobierno o de lucha contra él, pero está invariablemente presente en la relación entre el Estado y la sociedad.

En consonancia, se ha desarrollado en el país una mentalidad particular, que puede sintetizarse en la voluntad generalizada de torcer el orden público a favor de la corporación o, en otros muchos casos, de la familia a la que se pertenece. Todos los proyectos de cambio social quedan supeditados a esta realidad, que está tan firmemente enraizada porque ayuda a sobrevivir en un ambiente duro y carenciado.

Como es lógico, las corporaciones que han logrado cooptar al Estado se enfrentan a las que no lo han conseguido. Ésta es en Bolivia la verdadera “contradicción fundamental”.

Simétricamente, el Estado nacional es débil, tanto porque sufre el ya descrito acoso de la población, como porque refleja la pobreza de ésta y por tanto carece de los recursos institucionales y coercitivos que necesitaría para imponer sus decisiones.

De lo que se infiere que capturar al Estado, como ha hecho el MAS estos años, no se traduce en capacidad para transformar a la sociedad, la cual se empeña en seguir siendo limitada y

obstinadamente corporativista, incluso cuando ocupan el poder quienes dicen representar sus intereses reales.

Pero los únicos intereses “reales” son los corporativos. Quien los combate, como hizo Gonzalo Sánchez de Lozada, termina como éste, es decir, odiado por el mundo entero y en el exilio. Y quien los alienta, como en estos años hicieron Morales, García Linera y su partido, no logra sin embargo refundirlos en un proyecto más comprensivo de cambio social (no logra imponer la “razón estatal”).

Llamar al faccionalismo “creativo” y “progresista” es un truco retórico que sirve al escritor García Linera para halagar a las corporaciones, pero la verdad es que no ayuda mucho al político García Linera a administrar las odiosas consecuencias de este faccionalismo sobre el sistema social (a ser “hegeliano”).

Aunque las tensiones sociales sean normales, como dice el libro que mencionamos, no es normal que resulten continuas e irreductibles. Semejante situación vuelve más lejano y utópico todavía al “Estado integral” hegeliano. Y es una causa, quizá la principal, del subdesarrollo boliviano. Como ya hemos dicho, los conflictos rentistas son la principal amenaza al proceso que dirige Morales. Pese a los teóricos izquierdistas y su culto al “pueblo movilizado”, de una siembra de vientos nunca se sacará más que tempestades.

De la estabilidad a la incertidumbre económica:

CUANDO LA GOBERNABILIDAD SE
CONVIERTE EN LA VARIABLE CRÍTICA

Henry Oporto

No sabemos cuán fuerte o suave golpeará la crisis internacional a Bolivia, pero sí es perceptible que la capacidad política del gobierno de Evo Morales para gestionar la coyuntura económica se halla disminuida. La cuestión que salta a la vista es la gobernabilidad del Estado y la gobernanza económica. El debilitamiento de ambos –gobernabilidad y gobernanza económica– podría jugar en contra de la posibilidad de atenuar el impacto económico de la crisis internacional y, eventualmente, constituirse en un factor de agravamiento de un posible deterioro de la economía boliviana.

El impacto de la crisis mundial

En Bolivia, la crisis financiera y económica del mundo desarrollado (2007-2008) se manifestó con retraso y sus efectos no fueron abrumadores ni prolongados.

La crisis externa en Bolivia se sintió a lo largo de tres trimestres: básicamente, los últimos meses de 2008 y el primer semestre en 2009. El principal canal de afectación fue el descenso de los precios de las materias primas, que se expresó en la caída de las exportaciones nacionales, deprimidas el año 2009 en algo más del 20 por ciento. Aún así, la paulatina –y más o menos rápida– recuperación de los precios internacionales de las materias primas determinó que a finales de ese mismo año, nuevamente los precios se aproximaran a los niveles de 2006 y 2007, ya entonces significativamente altos.

Así y todo, el menor valor de las exportaciones, especialmente de gas, durante el período de crisis, produjo la disminución de los ingresos fiscales y, con ello, de la inversión pública, que fue la principal variable de ajuste. Las finanzas públicas resintieron el impacto, aunque no en forma traumática; ya no se registró el superávit fiscal de los años anteriores, pero tampoco se volvió a la situación de deficitaria del pasado. Debido a ello, el gasto social se mantuvo, y las transferencias

directas (Renta Dignidad, bonos Juancito Pinto y Juana Azurduy) no se interrumpieron.

Incluso la caída de los precios internacionales pudo tener un efecto benéfico de aminorar el ritmo de la inflación en Bolivia: si hasta el 2008, la tasa de inflación era de dos dígitos, en 2009 se dio un brusco descenso de los precios internos.

En suma, la consecuencia más visible en Bolivia, a finales de 2008 y durante los primeros meses de 2009, fue un aterrizaje suave de la economía. Curiosamente, ese año, el PIB boliviano tuvo un crecimiento de 3%, mientras otros países de la región se estancaron o entraron en recesión.

Así pues, aquel primer momento de la crisis internacional no exigió del gobierno de Evo Morales la adopción de ajustes severos en la economía. El cambio más notorio se dio en la política monetaria, que pasó de contractiva a expansiva, mediante una fuerte redención neta de títulos públicos, con lo cual se logró reducir las tasas de interés bancario; esta medida buscó estimular la inversión y, sobre todo, el consumo.

Por otro lado, la inversión pública se mantuvo en un nivel relativamente alto, en parte para contrarrestar la fuerte caída de la inversión privada extranjera.

Otro colchón que amortiguó la caída de la economía provino de los ingresos provenientes

del contrabando y el narcotráfico, actividades estas que han mantenido una tendencia de crecimiento constante en los últimos cinco años, inyectando liquidez en la economía nacional.

Adicionalmente, la crisis externa encontró en Bolivia un régimen político de gran fortaleza. 2009 fue el año en que el proyecto del MAS se alzó con sucesivos éxitos políticos y electorales, y de gran envergadura. El 26 de febrero, Evo ganó el referendo nacional para la aprobación de la nueva Constitución, con más de 60 por ciento de apoyo en las urnas; en diciembre, logró su reelección con el 64% de votos. Entre uno y otro evento, el régimen consiguió dismantelar el principal reductor opositor (Santa Cruz), involucrando al poder cruceño en el complot de terrorismo separatista y desatando una feroz persecución política y judicial en contra de sus líderes y otras prominentes figuras.

Evo Morales y el MAS pudieron así afirmar un poder creciente y prácticamente indiscutido, arropados por un bloque político y social que lucía muy cohesionado. Todo ello hizo que la desaceleración del 2009 pudiera pasarse sin mayores sobresaltos. Conflictos sociales hubo, pero fueron conflictos de baja intensidad; en ningún caso pusieron en jaque al régimen o amenazaban su estabilidad.

La recaída de la crisis

Desde mediados del año 2011, el mundo desarrollado ha recalado en una nueva crisis financiera que se exterioriza en los graves problemas de endeudamiento y déficit fiscal de Europa y Estados Unidos y que revierte la lenta recuperación de la economía mundial, contaminando incluso a los BRIC y América Latina.

Al igual que en la fase anterior, la economía boliviana se contagia primordialmente a través de la caída de los precios de las materias primas que exporta. En realidad, el descenso de precios de los minerales, y en menor medida del gas natural, ya se venía registrando desde el segundo trimestre, aunque aún sin mayores efectos perceptibles en la economía. La situación actual es de volatilidad en los precios, pero con tendencia a la baja. El PIB mantiene un crecimiento positivo, pero con un ritmo aminorado.¹

Nuestra economía pierde dinamismo, y ello puede acentuarse en 2012. Los pronósticos sobre la economía mundial son mayormente pesimis-

¹ La tasa de crecimiento del PIB fue de 5,7% en el primer trimestre de 2011; un informe del FMI del segundo semestre 2011 estimó el crecimiento anual de la economía boliviana en 4,5%. Un reciente reporte del Banco Mundial (*Perspectivas 2012*) marca en 4,8% el aumento del PIB boliviano en 2011, pero proyecta una tasa menor de crecimiento para los próximos dos años: 4,1% en 2012 y 3,8% en 2013.

tas; se advierte el riesgo de recesión en los países desarrollados o, en el mejor de los casos, de una recuperación lenta y prolongada, que arrastraría a la economía china. En última instancia, se trata de la contracción del mercado de materias primas.

Las previsiones sobre el impacto de este escenario global adverso en la economía boliviana no son claras. En general, se dibuja un escenario de deterioro, aunque por ahora no se pueda decir mucho sobre su ritmo y profundidad. Tampoco puede descartarse un desemboque de crisis económica, sobre todo si se produce un derrumbe en los precios de las materias primas o si la caída deviene paulatina pero sostenida. Esto por la alta dependencia –acentuada en los últimos años– de los ingresos de las exportaciones de gas y minerales y, por lo tanto, de las recaudaciones tributarias hidrocarburíferas.

En cualquier caso, lo que sí comienza a percibirse es que probablemente estemos asistiendo al cierre de un ciclo económico de crecimiento basado en los altos precios de nuestros productos básicos de exportación y, fruto de ello, en el consumo de las rentas provenientes de tales exportaciones.

Bombas de tiempo

En el contexto descrito, no se puede ignorar algunas bombas de tiempo que quedan de los

años de bonanza e ímpetu populista en la política económica. Veamos:

- Los crecidos ingresos petroleros han sostenido el aumento de la inversión pública y también buena parte de las transferencias directas y los subsidios al consumo de carburantes y otros productos y servicios esenciales. Sin embargo, el fallido “gasolinazo” de hace un año atrás, desnudó los problemas de insostenibilidad fiscal en el TGN. Lo cierto es que el subsidio a los carburantes es cada vez más costoso y no se sabe hasta dónde podrá estirarse la pita.²
- Un ajuste más o menos severo en los precios de los minerales podría tener efectos considerables sobre la producción y el empleo en el sector minero. Es probable que muchas operaciones mineras, especialmente en el sector cooperativista y de la minería chica, pudieran hacerse insostenibles.
- Las importaciones crecieron en los últimos años a un ritmo inusitado, incluidos alimentos.³ Este *boom* de importaciones sólo puede mantenerse

2 El Presupuesto 2012, proyecta un déficit fiscal para el Sector Público No Financiero de 4.5 por ciento

3 En el quinquenio 1999-2005, las importaciones sumaron \$us. 13.711 millones; mientras que en el quinquenio 2006-2011 (dato a septiembre 2011) se duplicaron, alcanzando la cifra de \$us. 27.724 millones. Una parte significativa de las importaciones corresponden a combustibles y lubricantes, que también se duplicaron entre un quinquenio y otro (\$us. 9.313 millones, entre 2006-2011)

con exportaciones en valores igualmente altos. Pero si ahora se bajan los ingresos, la balanza comercial debe tender a ser deficitaria. Reducir drásticamente las importaciones no parece ser algo que pueda lograr fácilmente. Quizá entonces no quede otro recurso que echar mano de las reservas internacionales.

- No son pocos los que piensan que el auge de la construcción inmobiliaria, estimulado tanto por los bajos intereses bancarios como por la enorme liquidez en la economía, tiene mucho de una burbuja especulativa, puesto que aparentemente no guarda relación con el crecimiento vegetativo de la población y, por tanto, con la demanda real. La reciente adopción de un impuesto adicional a las utilidades financieras, podría marcar el inicio de un proceso de aumento paulatino de las tasas de interés, lo que eventualmente podría comprometer la capacidad de pago de los deudores.⁴
- Los precios internacionales de los alimentos prosiguen una tendencia alcista, por lo cual la economía boliviana, cada vez más dependiente de la importación de alimentos, seguirá expuesta a la inflación importada. En contraste, la producción nacional es deficitaria

4 Cf. Fundación Milenio: *Informe Nacional de Coyuntura N° 94*: "Bonanza en la construcción. Burbuja o tendencia con fundamento sectorial", abril de 2011

y volátil en productos básicos como maíz, trigo y otros, con los consiguientes riesgos de desabastecimiento, contrabando de alimentos y alza de precios internos.

- En gran parte para contrarrestar la inflación importada, el gobierno ha seguido una política de apreciación de la moneda nacional, soportada en la acumulación de reservas. Más allá de su efecto pernicioso para la competitividad de los productos bolivianos, en la nueva situación de menos divisas por exportaciones, y cuando la moneda boliviana viene encareciéndose con respecto al valor de otras monedas, quizá ya no hay margen para seguir apreciando el boliviano.⁵ Si fuera así, la presión emergente sería en sentido contrario. La cuestión luce sin embargo muy complicada: la sensibilidad de los ahorristas es tal que cualquier indicio de escasez de dólares, y más aún de una eventual devaluación, por pequeña que fuere, conlleva siempre el peligro de desatar una corrida bancaria.

5 Comparando el boliviano con relación a otras monedas, se ve que ha experimentado una apreciación real que encarece su valor. Según datos del BCB, entre agosto 2010 y agosto 2011, el precio de los bienes bolivianos se ha encarecido en 3.5% con relación a los precios de los bienes de todos los socios comerciales de Bolivia. Si se compara con los países vecinos, con los cuales el comercio de bienes no tradicionales es más intenso, la apreciación es más pronunciada: 8.6% respecto de los precios en Argentina, y 7.1% respecto de los precios en Perú

Desactivar esta clase de bombas no es imposible, aunque no sea tarea fácil. La dificultad estriba no tanto en hallar las soluciones adecuadas sino en la capacidad política de gestionarlas. Esto es lo que vemos en Europa, e incluso en Estados Unidos; por ello también la sucesión de crisis políticas y de gobiernos que caen, desprovistos de legitimidad y de apoyo político para aplicar las medidas que se requieren.

En Bolivia tenemos la experiencia de la hiperinflación durante el gobierno de la UDP y también de la recesión de principios de años 2000, previa al ascenso del MAS al gobierno: la ingobernabilidad en que se precipitó el país, en ambos momentos, anuló cualquier esfuerzo serio por encontrar una salida a la crisis económica, además de las propias incompetencias de los gobiernos de turno.

Una duda razonable es si el gobierno del MAS está provisto no sólo de las competencias técnicas necesarias para encaminar la economía sino, y sobre todo, de la fortaleza y la capacidad de gestión política que le permita afrontar un ciclo económico de vacas flacas. Esto pone en primer plano dos cuestiones claves: la gobernabilidad y la gobernanza económica.⁶

6 Aunque muchas veces se toman estos dos conceptos como sinónimos, en realidad son diferentes. La "gobernabilidad" (término polisémico) alude a las condiciones favorables para la acción de gobierno; básicamente, la estabilidad institucional y

Gobernabilidad y gobernanza

El régimen gobernante sufre un debilitamiento político persistente, a raíz de varios y sucesivos contrastes que ha soportado a lo largo del año 2011. Se trata de un debilitamiento que parece estar reflejando un malestar social creciente. De hecho, el desgaste político ha alcanzado al propio presidente Evo Morales, cuyos niveles de aprobación no han dejado de caer persistentemente.

Otro factor coadyuvante son las fracturas políticas del MAS. Los disidentes y contestatarios no cesan de multiplicarse, como también las pugnas y enfrentamientos entre facciones rivales. El equipo de gobierno luce internamente tensionado, con evidentes signos de fatiga, y aparentemente sin muchas posibilidades de recambio.

política y las relaciones de poder en el Estado y en la sociedad, como condiciones que inciden en la capacidad de gobernar y de tomar decisiones y de ejecutar políticas, con cierto grado de legitimidad. En cambio, el término "gobernanza" (que también tiene varias acepciones) se suele utilizar con un sentido esencialmente económico, para referir un modo de gestión de los asuntos públicos, considerando las relaciones entre Estado y mercado, entre el poder político y los servidores públicos con los agentes económicos y sociales; y cuya razón de ser, en última instancia, es el logro del desarrollo socioeconómico. Ambos términos aluden a un mismo objeto: la capacidad de gobernar. La distinción radica en que la gobernabilidad tiene que ver con "lo gobernable", mientras que la gobernanza se refiere a la cantidad de gobierno y, por lo tanto, con la forma técnico-administrativa de tomar decisiones de política pública.

Todo ello repercute en una grieta aún mayor y de consecuencias más profundas: la desarticulación del bloque social de sustentación del régimen.

El bloque de poder se desgaja

Recuérdese que el tipo de régimen configurado por el MAS, ha tenido como pilar de sustentación su alianza con los llamados movimientos sociales; una forma de corporativización del poder político. Esto es, el MAS gobierna compartiendo parcelas de poder con una red de organizaciones populares, a las que se ha dado casi un derecho tutelar sobre la acción de gobierno.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte el régimen soporta una crisis de legitimidad política y pérdida de confianza de los propios actores del sistema de poder. El distanciamiento del sindicalismo cobista y sobre todo de las organizaciones indígenas –antes baluartes suyos– es un síntoma inequívoco. Ello se ha puesto de manifiesto nuevamente en la reciente “Cumbre Social” de Cochabamba, reducida a la participación de organizaciones afines al oficialismo.

La sustentación real del régimen se ha encogido al respaldo de los movimientos de cocaleños, colonizadores y campesinos de altiplano y

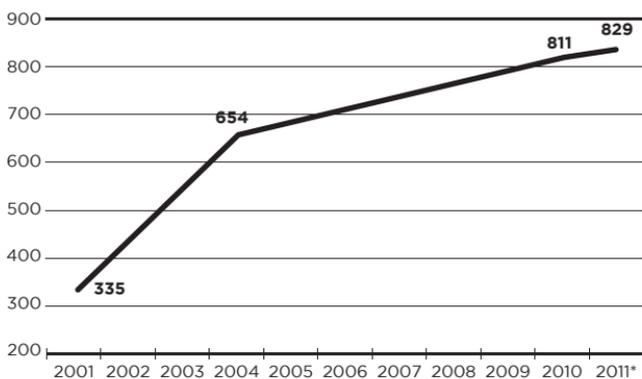
valles, y tal vez de los cooperativistas mineros; es decir, un espectro social más acotado, básicamente rural y de tierras altas.

Otros sectores populares, o bien se han desalineado del régimen o están en vías de hacerlo o su respaldo tiene que ser negociado en cada momento. Lo cierto es que la eficacia clientelística de los recursos públicos ya no funciona como antes.

Ahogado en los conflictos

Está demostrado que Evo Morales no puede gobernar sin el respaldo de los movimientos sociales. Pero, al depender de éstos, tiende a anularse como gobierno. Los movimientos sociales tienen un poder de veto sobre las decisiones gubernamentales. El gobierno es un régimen bloqueado, que cada día pierde autoridad y se desgasta más, sin poder controlar los conflictos que proliferan por doquier y desbordan su frágil capacidad de respuesta.

Eventos conflictivos en Bolivia



* 2011 a noviembre, dato preliminar.

Fuente: Observatorio de conflictos CERES.

¿Gobernar obedeciendo?

Es curioso que la pretensión de una democracia directa, incorporada en la Constitución, terminara siendo un disparo en el pie. La idea de un gobierno de las masas, implica borrar las diferencias entre Estado y sociedad, integrar a los grupos organizados en las estructuras estatales; en realidad, su absorción por el poder político. Empero, a la hora de ser puesta en práctica, choca no pocas dificultades. Es lo que se ve ahora en la tensionada relación del gobierno del MAS con los movimientos sociales.

Estos últimos se han tomado a pecho el discurso del “gobierno de los movimientos sociales”, que es contradictorio con el empodera-

miento absoluto de los gobernantes. Así pues, se instala un conflicto de legitimidades. De hecho, no existe un acuerdo sobre quién tiene la legitimidad para ejercer la autoridad y sobre cuáles son las reglas a las cuales debe ajustarse la formación de las decisiones políticas. Los sindicatos y organizaciones populares quieren tener mucha autoridad pero ninguna responsabilidad. Y lo propio ocurre con Evo y sus ministros, cada vez más renuentes a asumir los costos y riesgos de tomar decisiones y que quisieran descargarlos en los otros.

Un ejemplo de lo bloqueado que está el sistema de decisiones son las vicisitudes del conflicto del TIPNIS. Ya contra las cuerdas, Evo, a regañadientes, tuvo que aceptar modificar la llamada “ley corta”, suspendiendo definitivamente la construcción de la carretera por ese territorio. Sin embargo, poco después, presionado por los cocaleros, y desconociendo flagrantemente la ley firmada por él mismo, Evo intenta replantear la construcción de la carretera; resta ver si lo consigue.

El efecto de todo esto es que ni siquiera las leyes firmadas por Evo valen nada; menos aún los compromisos pactados. La señal es una sola: en Bolivia todo está cuestión; la legalidad no vale nada, y como ya no hay reglas de juego a las cuales deban ajustarse los comporta-

mientos sociales, ¿qué vale entonces?; tal vez únicamente la fuerza que puedan desplegar los grupos sociales. ¿No dibuja esto una situación próxima a la anomia?

Lo cierto es que en un régimen corporativo como el actual, el poder solamente puede ejercerse mediante denodados y abrumadores esfuerzos de negociación con los grupos de interés y de presión. La dificultad mayor para la viabilidad de este sistema de decisiones estriba en la ausencia de mecanismos idóneos para arbitrar y regular los conflictos sociales. Asediado por los conflictos, y más rehén que nunca de la presión popular, hace rato que Evo viene abdicando de su función de gobernar. “Gobernar obedeciendo al pueblo” se ha convertido en auto confesión de impotencia, y de cada vez menos de gobierno efectivo.

¿Es posible un viraje a la racionalidad económica?

Aquí volvemos al inicio de estos apuntes. En Bolivia, lo que marca la principal diferencia de este segundo momento de la crisis internacional con relación a la coyuntura 2008-2009, tiene que ver sobre todo con la gobernabilidad política y la gobernanza económica.

Si el régimen tiene dificultades crecientes para tomar y ejecutar decisiones —que la opinión pública o una parte significativa de ella las acepte como legítimas—, quiere decir que el margen de posibilidades para encarar una política económica coherente y efectiva, se ha achicado considerablemente. Esto último es precisamente lo que se quiere connotar al hablar de gobernanza económica.

Las amenazas de la crisis internacional y las bombas de tiempo en la economía nacional, colocan a las autoridades gubernamentales ante la disyuntiva de encaminar la gestión pública hacia un sinceramiento de la economía, de manera de afrontar sus restricciones fiscales y de virar hacia un entendimiento con el empresariado nacional y extranjero, para que la inversión privada pueda fluir, lo que implica en cierto modo despojarse de veleidades estatistas y asumir de forma más franca la realidad de las fuerzas del mercado. O de lo contrario, exponerse a que el avance de la crisis los tome desprevenidos y que esas bombas puedan ir estallando.

Sin embargo, un viraje hacia la racionalidad económica supone, ciertamente, arriesgar a enervar aún más la ya conflictiva relación con los movimientos sociales. Esto lo percibe el gobierno, y de ahí quizá las señales contradictorias que viene dando.

La pregunta es hasta qué punto Evo Morales es consciente de la realidad de la economía y cuanto está dispuesto a sacrificar de su enflaquecido capital político. Un grave dilema si se considera, además, las cuestiones políticas que debe afrontar en el futuro inmediato: pienso, sobre todo, en la necesidad que tiene de habilitarse legalmente para postular a la reelección del 2014, que sin duda es su objetivo mayor; pero también en las demandas de referendos revocatorios que sin duda se pondrán en el orden del día, a partir del segundo semestre de 2012, y que incluso pueden involucrarlo a él mismo, como ya lo anuncian algunos dirigentes indígenas.

Tales son las cuestiones políticas que previsiblemente condicionarán las decisiones gubernamentales en materia de gestión de la economía.

¿PODRÁ LA OPOSICIÓN SER UNA ALTERNATIVA DE GOBIERNO?

Henry Oporto

Si el 2011 ha sido un año de inflexión política en Bolivia, que ha marcado el debilitamiento y los límites del régimen del MAS y su proyecto de poder, ¿podrá el año 2012 principiar el ascenso político de la oposición y de una trayectoria que la encamine a afirmarse como un proyecto viable?

Sin duda esta es la pregunta importante políticamente hablando, en el paso del 2011 al nuevo año que ha comenzado.

Un nuevo escenario político

Bolivia ha dejado atrás un formato de sistema partidario, de pluralismo moderado, que mar-

có con su dinámica el funcionamiento político e institucional del país por casi dos décadas. Como ya se dijo, ese sistema se articuló alrededor de un trípode de partidos (MNR-ADN-MIR), sobre el cual reposó la formación de coaliciones de gobierno, dentro de una lógica de pactos políticos y de una competencia centripeta por el poder¹.

Lo que sobrevino a la debacle de ese modelo político fue un período de varios años de desorden e inestabilidad política, tanto como una intensa fragmentación de la representación política, con organizaciones sociales y agrupaciones ciudadanas cuestionando el papel de los partidos e, incluso, tratando de tomar su lugar. Sin duda, ha sido un tiempo –y aún lo es– de pérdida de centralidad partidaria en el juego político y de sustitución de la representación política por otras formas representativas y de acción social directa, bajo lógicas corporativas y de autorepresentación de los grupos ciudadanos; todo ello, junto a la irrupción vigorosa de nuevas fuerzas sociales como el movimiento indígena y también del movimiento cívico-regional, aunque este último con una trayectoria más anterior.

1 Cf. Henry Oporto: *Reinventando el gobierno; El cielo por asalto: cinco ensayos breves sobre política boliviana*, Plural Editores, Capítulo II, “La autocracia electa”, 2009

Es en ese contexto que ha operado el crecimiento político del MAS –reconocido como el instrumento de amplios sectores populares, principalmente campesinos e indígenas– tanto como su meteórico ascenso al poder.

En los años precedentes fue evidente que la política boliviana se movió al ritmo y en la dirección impuesta por el predominio político y electoral de ese actor singular que es el MAS –más movimiento que propiamente partido, cabalgando entre la representación social y la representación política–. Allí se dio, también, el intento de reconstitución del sistema político bajo la égida de un partido (el MAS), que ha buscado afirmarse como el factor unipolar y hegemónico, condensado la representación de un extenso conglomerado social y tratando de aplastar a las fuerzas opositoras o, al menos, de reducirlas a su mínima expresión.

Ahora bien, después de seis años de vigencia del nuevo régimen político, el escenario que ahora presenta el país trasluce ciertas alteraciones importantes:

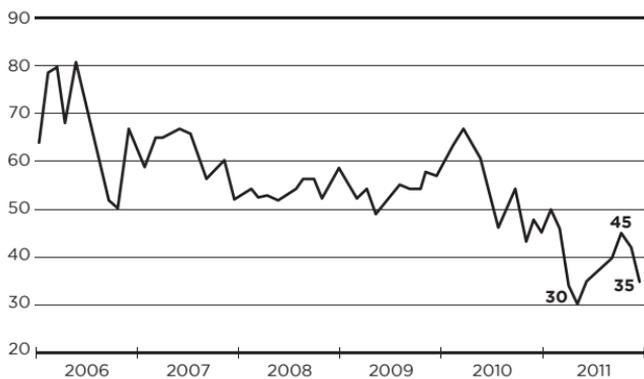
El MAS: cuesta abajo

En efecto, el año de 2011 culmina para el régimen y el propio MAS con una sucesión de du-

ros contrastes políticos: el fallido gasolinazo, el conflicto del TIPNIS, la victoria del voto nulo en la elección judicial y, últimamente, las derrotas electorales de los candidatos oficialistas a las alcaldías de Sucre y Quillacollo.

El deterioro político del régimen toca al propio Evo Morales, cuyos valores de aprobación vienen cayendo de forma sostenida. Esto ocurre desde el enero de 2010, cuando inicia su segundo período presidencial con un índice de aprobación muy alto, cercano al 70 por ciento. Su punto de más bajo se dio entre enero y febrero de 2011, como efecto directo del abortado “gasolinazo”; luego tuvo una leve recuperación, para volver a caer en los últimos meses de 2011.

Aprobación urbano de la gestión del Presidente (%)



Fuente: DEFAMAMJ JASON.

En las mediciones de *Ipsos*, de los últimos meses de 2011, el nivel de aprobación de la gestión del presidente Evo Morales se ha mantenido en torno al 30% y la desaprobación por encima del 50%. Estos valores sugieren que probablemente se trata de un cambio progresivo pero consistente en la tendencia de la opinión pública, desfavorable a la imagen presidencial.

De otro lado, las fracturas internas en el MAS son evidentes. El encono entre facciones masistas se manifiesta incluso en graves episodios de violencia, tal como ha ocurrido recientemente en el municipio de Yapacaní, donde la disputa por la alcaldía local ha cobrado tres vidas y numerosos heridos

Por si fuera poco, el bloque social de sustentación del régimen luce agrietado. Evo ya no está más arropado por esa gran coalición de movimientos y organizaciones sociales, que, en cierto momento, parecieron cubrirlo todo o casi todo lo que podía ser expresión organizada de los sectores populares.

La oposición levanta cabeza

A la vez que el bloque oficialista se debilita, la oposición se envalentona y retoma iniciativa política. Ciertamente su absoluta minoridad par-

lamentaria no ha cambiado. Pero la audiencia pública para sus acciones contestatarias, incluso más testimoniales que efectivas, parece estar aumentando.

Eventos como el rechazo a medidas impopulares como el “gasolinazo”, la denuncia de los atropellos y excesos represivos en las protestas sociales –especialmente con ocasión de los conflictos del TIPNIS y Caranavi–, la defensa de las libertades civiles y los derechos humanos, la campaña en contra de la elección digitada de jueces, han sido ocasiones para que la oposición política puede conectar más con la gente y legitimar de cierto modo su propio rol político.

Esto ocurre en circunstancias en que algunos poderes fácticos –las organizaciones cívicas, por ejemplo– han perdido protagonismo en cierta medida, lo cual es un ingrediente para la misma revalorización de la función de los partidos políticos.

Por todo ello, no sorprende que los nuevos proyectos partidarios (UN, MSM y Verdes² en Santa Cruz), comiencen a mostrar un perfil más alto.

2 Verdad y Desarrollo Social (Verdes), la agrupación cruceña liderada por el gobernador de ese departamento, Rubén Costas, que ahora está en proceso de transformarse en partido político para intervenir ya no solo en el escenario cruceño sino nacional

De hecho, el acelerado desgaste de la figura de Evo Morales coincide con una mejoría en los niveles de favorabilidad de algunos líderes opositores, tal como lo muestran algunas encuestas sobre intención de voto.

Intención de voto para Presidente (lista cerrada)³

	Marzo	Mayo	Junio
Evo Morales	22%	21%	25%
Samuel Doria Medina	19%	21%	17%
Juan del Granado	17%	16%	13%
Rubén Costas	9%	19%	20%
Ninguno	28%	18%	21%

Ciertamente, dado que estos datos corresponden a una etapa no electoral, se los debe tomar con beneficio de inventario –también es normal que la categoría “ninguno” capte muchas respuestas–. Pero no por ello pierden valor como una referencia para el análisis político. Y lo que concretamente muestran es que hoy en día las preferencias ciudadanas están más repartidas; que Evo ya no concentra expectativas como en los años anteriores.

³ Encuesta de Data Siete en las ciudades de La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz.

De la fallida hegemonía al pluralismo político

La política en Bolivia transita evidentemente por un momento distinto. El protagonismo excluyente del MAS ha pasado, su gravitación es declinante y surgen cada vez más dudas de que un sistema político bajo su control y dominio absoluto pueda prosperar y consolidarse.

Por el contrario, cobran un mayor ímpetu las corrientes de signo pluralista en la política y en la sociedad, que no solo rechazan cualquier idea de un proyecto político único sino que exhiben una resolución mayor para resistir la imposición de un régimen de corte autoritario y de dominio excluyente de un partido.⁴

Si esto es así, se puede decir que hay una oportunidad propicia para la reconstitución de un sistema de partidos, con pluralismo ideológico y con una mayor posibilidad de protagonismo e influencia desde el campo de la oposición.

4 Una prueba del talante más beligerante de los partidos opositores en su relación con el gobierno es que no dudaron en plantarle cara a Evo Morales, frustrándole el diálogo político que primera vez decidió convocar, contando con la participación de la oposición política, y como continuación de la "Cumbre Social" llevada a cabo recientemente en Cochabamba.

*La oposición: un campo
de disputa y convergencia*

¿Cuál es la posibilidad cierta de que un tipo de reconstitución del sistema político-partidario, que recupera formas de pluralidad, de contrapeso y de balance político –y por lo tanto de mayor democracia política– pueda prosperar y consolidarse?

Todo indica que ello ha de depender sobre todo del desarrollo político de las fuerzas opositoras, y más concretamente de que los actuales proyectos políticos que lidian por afianzarse como formaciones partidarias con gravitación nacional puedan avanzar en sus objetivos de consolidación de estructuras políticas organizadas, democráticas y con vida institucional.

Por ciento, las fuerzas opositoras al gobierno del MAS convergen en el objetivo de ensanchar las condiciones para la edificación de un sistema partidario pluralista y democrático y dotado con reglas de juego que garanticen la alternancia de poder. Al mismo tiempo, el campo de la oposición política es un espacio en disputa y donde se juegan proyectos políticos diferentes.

Por otra parte, tales rivalidades ocurren dentro de un contexto político caracterizado por ciertas realidades políticas que enmarcan y condicionan la trayectoria de los proyectos de

oposición. Estas realidades, más o menos comunes a los partidos de oposición, se traducen, por último, en desafíos compartidos:

- a. Un reto común inmediato de la oposición política es alcanzar una proyección política nacional. Las organizaciones existentes parten en gran medida de un desarrollo político local o regional, más o menos acotado, y que les sirve como una plataforma –más o menos propicia– para esa proyección.
- b. Las actuales fuerzas opositoras emergieron a la vida política como opciones electorales antes de haberse consolidado como realidades políticas relevantes en el juego político-partidario
De ahí pues su reto de pasar de ser aparatos electorales y con vigor más o menos circunstancial a constituirse en estructuras orgánicas sólidas, de funcionamiento permanente y con aptitudes ciertas para intervenir activamente en los distintos escenarios de la lucha política, más allá de los períodos eleccionarios.
- c. Otro rasgo común a los partidos opositores es su anclaje social preeminentemente en las clases medias urbanas, que, desde luego, puede extenderse hacia estratos sociales bajos de las ciudades, lo mismo que a ciertas poblaciones provinciales y enclave rurales campesini-

nos, principalmente del oriente boliviano. No hay duda que la base social de la convocatoria opositora se concentra predominantemente en un electorado mayoritariamente urbano.

El reto que de allí emerge para la oposición partidista es la necesidad de irradiar su influencia y convocatoria político-electoral a los estratos populares y sectores más empobrecidos de la ciudad y del campo que siguen adhiriendo mayormente a la convocatoria del MAS.

- d. Lo que está detrás de los retos anteriores es la posibilidad de reconstituir el mapa político del país. Ello, como resultado de la articulación política de una nueva mayoría social, de alguna manera sucedánea a la mayoría social que ha acompañado al régimen del MAS.

La polarización persistente

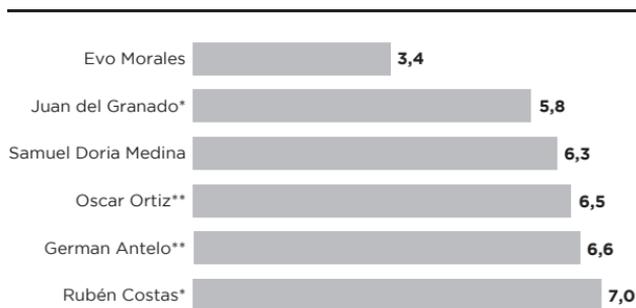
Se ha dicho muchas veces que la política es el arte de lo posible. Se trata de una máxima que no por repetida ha perdido valor. Recordarlo es pertinente cuando uno se pregunta si en la Bolivia de hoy hay espacio para un multipartidismo con alternancia en el poder. La respuesta debe considerar la realidad de una sociedad polarizada y confrontada entre grupos antagónicos.

Ya se sabe que la polarización instalada desde principios del siglo XXI, subyace a los fuertes cambios políticos de la última década y es, además, concomitante con la situación de crisis del sistema de representación. Una polarización que está presente en el comportamiento de las élites políticas y socio-económicas, pero que también ha arraigado de cierta forma en el seno mismo de la sociedad, dividiendo a los bolivianos entre evistas y anti-evistas; entre partidarios del régimen y opositores al mismo.

El cuadro siguiente ilustra bien cuán polarizadas están las percepciones ciudadanas respecto de la imagen de los líderes políticos.

Percepciones polarizadas

(Evo a la izquierda y el resto en el centro derecha)
 En una escala de 1 al 10, donde 1 significa una posición política de "extrema izquierda", y 10 de "extrema derecha".
 ¿Dónde colocaría usted a los siguientes personajes políticos?



*Opinión emitida por los entrevistados que dicen conocerlos (entre el 75-90%).

** Opinión emitida por los entrevistados que dicen conocerlos (entre el 40-70%).

Fuente: Encuesta IPSOS abril 2011.

No obstante la insistencia con la que algunos líderes –y sus partidos– intentan situarse en el lado izquierdo del espectro político, lo cierto es que la gente parece percibirlos de otra manera, ocupando un lugar diferente del que ellos quisieran. Esto puede parecer anecdótico pero es ilustrativo del impacto de la polarización sobre las percepciones y actitudes de la gente. Lo importante es que un escenario de polarización condiciona –y fuertemente– la acción de los actores políticos, más allá incluso de sus voluntades. La polarización reinante suele expresarse en visiones distintas de la política, la democracia, la economía, la función del Estado, el rol de los partidos, los retos del desarrollo y otras muchas cosas.

Hay indicios de que este tipo de polarización subsiste en la política boliviana, aunque tal vez con una intensidad menor a la que se manifestara en los años anteriores. También es perceptible que los actores polarizados de hoy no necesariamente son los mismos de ayer; incluso pueden haber variado los métodos de lucha política, tornándose menos beligerantes y estridentes.

Una prueba de la persistencia de un escenario polarizado en el país es que los equilibrios y relaciones de fuerza entre oficialistas y opositoras se mantienen sin grandes alteraciones. Desde luego

se registran cambios –y algunos muy importantes–, pero dentro de ritmos de modificaciones generalmente lentos, sin trastornos abruptos, dramáticos o radicales; al menos hasta ahora.

La tendencia de polarización prevaleciente en la sociedad boliviana se refleja en la concentración del voto ciudadano. El historial electoral a partir de los comicios de 2005 refleja nítidamente esa tendencia, constituyéndose en una experiencia sin precedentes en la democracia boliviana. En la elección general de 2005 los dos partidos más antagónicos (MAS y Podemos) se llevaron la mayor votación: 82%, logrando el 89% de la representación parlamentaria. En la elección general de 2009, se repitió lo mismo, esta vez con el MAS en primer lugar y la alianza PPB-CN en segunda posición; ambos partidos sumaron el 90,5% de votos y concentraron el 97% de la representación parlamentaria.

La elección polarizada entre los partidos y candidatos ideológicamente más distantes y contrapuestos dejaron prácticamente sin espacio electoral a otras candidaturas y partidos que vieron considerablemente disminuidas sus posibilidades de competir.

Un fenómeno similar de concentración electoral hubo de manifestarse en los comicios municipales de 2004 y 2010, a través de un voto concentrado para las alcaldías, aunque disperso en

la escala nacional, y sobre todo en las elecciones de prefectos (2005) y luego de los gobernadores (2010): la disputa polarizada pareció reforzarse con la tendencia de votación favorable a la conformación de gobiernos mayoritarios y estables.

Hay que precisar, sin embargo, que lo que indican los datos electorales no es propiamente una competencia de tipo bipartidista como se da en otros países con sistemas de dos partidos (Estados Unidos, por ejemplo, o Chile por su bipartidismo de coaliciones) o dominados por un bipartidismo mayoritario (es el caso de España). Desde luego que en Bolivia no hay un sistema político bipartidista o de coaliciones; pero si se da —o se ha venido dando— el fenómeno de oposiciones dualistas o de un dualismo de tendencias, con el MAS como el gran protagonista y de alianzas opositoras parciales y precarias, que han cambiando en su composición pero no en su orientación básicamente antagonica con el proyecto oficialista.

La esquiua coalición opositora

No hay duda de que el desafío decisivo para los partidos de oposición es dotarse de una estrategia de poder consistente, efectiva y viable. Un planteamiento estratégico, y una ruta crítica

para su desarrollo práctico, tal vez sea la llave que pueda desbrozar el camino de su potenciamiento político-partidario.

Pero esa definición comporta un dilema crucial. ¿Cómo visualizan los opositores su tránsito hacia el poder? ¿Van a caminar en solitario, quizá tan solo arropados por algunos aliados políticos y sociales menores? ¿O su opción estratégica es construir una gran coalición en el campo de la oposición, mediante la articulación de los partidos y agrupaciones políticas nacionales, regionales y locales?

Ya se vio antes que una cuestión clave es la forma en que los partidos de oposición habrán de encarar y procesar sus diferencias y rivalidades, pero también sus convergencias y necesidades comunes, de cara, justamente, al reto que tienen todos ellos de viabilizarse como opciones políticas. Elementos de juicio para este tipo de debate existen, sin duda, y no son pocos.

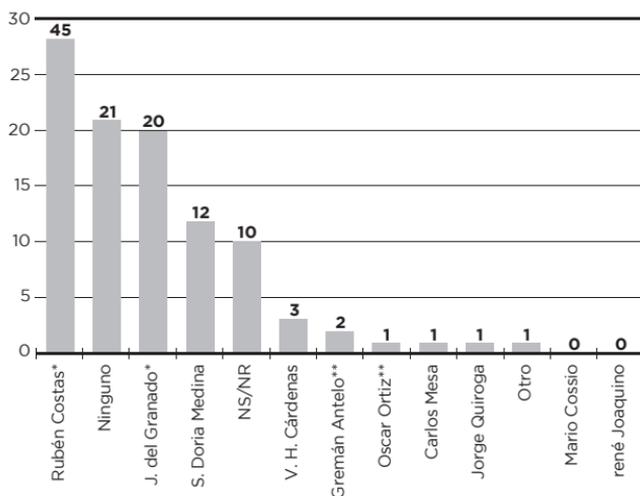
Liderazgo fragmentado

Uno de los problemas críticos de la oposición democrática es precisamente este: ninguna de sus figuras representativas se muestra con la posibilidad de aglutinar fuertemente en torno suyo el potencial electoral del campo opositor.

Y en consecuencia:

una oposición con liderazgo fragmentado (%)

¿Quién diría usted que actualmente es la figura más importante de la oposición al gobierno?



*Opinión emitida por los entrevistados que dicen conocerlos (entre el 75-90%).

** Opinión emitida por los entrevistados que dicen conocerlos (entre el 40-70%).

Fuente: Encuesta IPSOS abril 2011.

En la medida en que las simpatías se dispersan, las preferencias electorales se fragmentan.

Intención de voto - con lista cerrada (marzo-mayo 2011)

	Marzo	Mayo				
	Total	Total	La Paz	El Alto	Cbba	Santa Cruz
Ninguno+NS/NR	32%	23%	20%	26%	32%	19%
Evo Morales	22%	21%	24%	35%	22%	11%
Doria Medina	19%	21%	25%	17%	25%	18%
J. del Granado	17%	16%	27%	22%	13%	6%
Rubén Costas	9%	19%	2%	2%	6%	47%

Fuente: Encuesta Página Siete.

El resultado que se muestra es un voto fragmentado y con porcentajes bajos en torno o por debajo del 20 por ciento. Claro que la variable que distorsiona los resultados es el alto porcentaje de la opción “ninguno” o “no sabe o no responde”, muy propio de un período no electoral y que tal vez corresponde a los ciudadanos que no se sienten identificados ni con el gobierno ni con la oposición (los “ni ni”).

A la luz de los antecedentes electorales se puede conjeturar que en un escenario electoral determinado, plausiblemente una buena fracción de los votos indecisos o no definidos de hoy podrían eventualmente inclinarse por la candidatura de Evo Morales, que, de ese modo, vería subir sus preferencias aunque tal vez no a un nivel que lo aproxime a sus votaciones anteriores y ni siquiera al cincuenta por ciento.

En contraste, la votación a favor de candidatos opositores tiende a dividirse. Si este fuera el resultado de una próxima elección presidencial, probablemente la oposición volvería a invalidarse como opción de recambio gubernamental. Aunque también es plausible que una alta fragmentación del voto opositor no suceda; en elecciones anteriores la tendencia de polarización y oposición dualista resultó siendo tan fuerte que al final terminó apuntalando a alguna candidatura opositora en desmedro de otras.

En una escala menor eso mismo acaba de suceder en la elección de alcaldes de las ciudades de Sucre y Quillacollo, el pasado mes de diciembre⁵.

¿Cuándo se concentra el voto opositor?

Los datos de encuestas que han indagado las preferencias por eventuales candidaturas presidenciales, arrojan algunas pistas interesantes. Hagamos un ejercicio con tres escenarios:⁶

¿Si los candidatos fueran Evo Morales y Samuel Doria Medina, por cual votaría usted?

	Total	La Paz	El Alto	CBBA	SCZ
Evo Morales	29.1%	37%	46.5%	23%	16.5%
Doria Medina	37.1%	35.5%	25%	44%	42%
Ninguno/blanco	29.4%	24.5%	22.5%	27%	38%
No votaría	2.3%	2%	4%	2.5%	1.5%
NS/NR	1.9%	1%	2%	3.5%	2%

5 UN comprendió el riesgo de fragmentar los votos opositores, y de ahí su decisión, de último momento, de unir fuerzas detrás de una candidatura de unidad, con el resultado ya conocido de ganar la elección y propinarle una derrota al MAS. La experiencia contraria la protagonizó el MSN, que optó por presentar sus propios candidatos, exponiéndose a un mal resultado, como efectivamente sucedió, especialmente en la ciudad de Sucre

6 Encuesta de Data Siete (junio de 2011), en las cuatro ciudades del eje central.

En una elección entre Evo Morales y Doria Medina, gana este último con casi 8 puntos de diferencia, pero el voto “ninguno/blanco” es tan alto como el que vota a Evo.

¿Si los candidatos fueran Evo Morales y Juan del Granado, por cual votaría usted?

	Total	La Paz	El Alto	CBBA	SCZ
Evo Morales	28.1%	33.5%	45%	22%	18%
J. del Granado	30.8%	39.5%	26%	42%	22.5%
Ninguno/blanco	34.1%	24.5%	24.5%	30.5%	48%
No votaría	3.8%	2.5%	2%	1%	7%
NS/NR	3.2%	1%	2.5%	4.5%	4.5%

En una elección entre Evo Morales y Juan del Granado, se registra un empate técnico, y el voto “nulo/ninguno” tiende a crecer.

Si los candidatos fueran Evo Morales y Rubén Costas, por cual votaría usted?

	Total	La Paz	El Alto	CBBA	SCZ
Evo Morales	31.8%	43%	50.5%	27%	15.5%
Rubén Costas	30.5%	13%	7%	22.5%	60%
Ninguno/blanco	32%	38%	36.5%	43.5%	20%
No votaría	2.8%	4.5%	3.5%	1.5%	2%
NS/NR	2.7%	1.5%	2.5%	5.5%	2.5%

En una elección entre Evo Morales y Rubén Costas, también se registra un completo empate estadístico.

¿Qué puede deducirse de esos datos?

1. Cuando la contienda se reducen a dos candidatos, resulta relativamente más favorecida la opción opositora, cualquiera sea ella.
2. Entre los candidatos opositores, quién se beneficia más es Doria Medina, que consigue captar una votación más pareja en las cuatro ciudades, y especialmente alta en Santa Cruz.
3. Las votaciones a favor de Juan del Granado y de Rubén Costas tienen un alto grado de concentración regional en sus plazas fuertes: La Paz y Santa Cruz, respectivamente.

Por otro lado, no se puede pasar por alto la experiencia de la votación en las urnas, de octubre de 2011, para la elección de los magistrados del poder judicial, que dieron como resultado la victoria del voto nulo alentado por los partidos opositores.

La lección que se desprende de este y otros eventos electorales no deja dudas: la oposición unida tiene más chance de enfrentar con éxito a la poderosa maquinaria eleccionaria del oficialismo.⁷

⁷ Una encuesta de Ipsos para Página Siete de noviembre de 2011, aporta el dato significativo de que en el supuesto de se diera un *referéndum revocatorio* a favor o en contra del gobierno de Evo Morales, 44% de las personas consultadas votarían a favor de revocarlo y acortar el mandato de Evo, frente al 30% que votaría por la continuidad del gobierno hasta el 2014

La oposición: un juego a tres bandas

Se sabe que en las definiciones que adoptan los partidos y sus líderes intervienen diversas consideraciones y cálculos políticos. No por nada es tan difícil armonizar intereses, expectativas y visiones, sobre todo cuando de alianzas políticas se trata. La oposición ha confrontado esta dura realidad en el pasado, y podría hacerlo nuevamente en el futuro, sin encontrar la fórmula que le permita no solo aunar fuerzas sino también diseñar un proyecto político-electoral altamente competitivo y creíble para perfilarse como una opción cierta al post-evismo.

Actualmente la oposición política es un campo complejo con tres actores centrales: UN, MSN y Verdes; alrededor de ellos se mueven o podrían moverse otros actores de menor incidencia. La decisión de Verdes de reconvertirse en partido político e incursionar en la arena nacional es un factor nuevo y con consecuencias eventualmente importantes para el futuro político del país y en particular del campo opositor.

Entre esas tres fuerzas políticas caben distintas alternativas de relacionamiento: la suma de tres; la suma de dos; o simplemente ninguna y por tanto la disputa a tres bandas. Quizá allí resida el porvenir de la oposición política. Esto lo saben sus líderes. Empero no está claro que

estén dispuestos a extraer todas las consecuencias de esa suerte de trilateralización en que ha devenido el campo opositor. Es más, por ahora la dirección en la que se mueven (UN, MSN y Verdes) los lleva a priorizar su propio fortalecimiento partidista; y en el caso específico del MSM a descartar de plano cualquier posibilidad de alianza política.

Dado este panorama, si los partidos opositores deciden apostar por la articulación de una gran coalición opositora, no le bastará la voluntad de hacerlo; precisarán de una *ingeniería política* fina, que le permita construir un tejido de relaciones y “complicidades”, de intereses convergentes, de visiones compartidas y coincidencias programáticas, y lo que es más importante, de confianzas recíprocas para allanar sus diferencias y rivalidades.

Este documento pretende tanto hacer un análisis de las nuevas condiciones del proceso boliviano, como de la situación de la oposición. Aunque los autores y la Fundación Pazos Kanki, que auspicia esta publicación, tengan como principal deseo que su trabajo ilumine los “procesos de fondo” que explican la situación del país, también comprenden la importancia que en ocasiones posee el análisis de la coyuntura, en la medida en que ofrece materiales y, con suerte, también pautas necesarias para el debate que deben realizar los actores políticos.